

PEDRO Y JUAN

I

—¡Chist!—exclamó de repente Roland, que hacía un cuarto de hora que estaba inmóvil, con los ojos fijos en el agua y levantando á intervalos ligeramente el anzuelo sumergido en el fondo del mar.

Su esposa, dormida en la popa al lado de la señora de Rosemilly, invitada á la partida de pesca, se despertó y dijo volviendo la cabeza hacia él:

—¿Qué tal, Jerónimo?

El buen hombre contestó furioso:

—Ya no muerden. Desde las doce no he cogido nada. No debía uno

pescar más que con hombres; las mujeres siempre nos hacen embarcar demasiado tarde.

Sus dos hijos, Pedro y Juan, que estaban respectivamente á babor y á estribor, teniendo cada uno un sedal liado en el índice, se echaron á reir al mismo tiempo, y Juan respondió:

—No eres galante con nuestra convidada, papá.

El señor Roland se excusó confuso:

—Perdone Ud., señora, yo soy así. Invito señoras porque me gusta estar con ellas, pero en cuanto me veo en el mar no pienso más que en el pescado.

La señora de Roland se había despertado enteramente, y miraba complacida el ancho horizonte de rocas y agua.

—Sin embargo—dijo,—has hecho una buena pesca.

Su marido movía la cabeza nega-

tivamente, dirigiendo una mirada benévola al cesto en que el pescado cogido por los tres hombres palpitaba aún vagamente, produciendo un ruido de escamas glutinosas y de aletas sacudidas, de esfuerzos impotentes y de bostezos mortales.

El señor Roland cogió la cesta entre las rodillas y removió el pescado para ver el que había en el fondo, produciendo un olor penetrante que el pescador aspiró con delicia, como si se tratara de la fragancia de las rosas.

—¡Qué frescos están! ¿Cuántos has cogido tú, doctor?

El hijo mayor, Pedro, un hombre de treinta años, de patillas negras cortadas como las de los magistrados, bigote y perilla afeitados, respondió:

—Poca cosa... tres ó cuatro.

El padre se volvió hacia el otro:

—¿Y tú, Juan?

Juan, un mocetón rubio, muy bar-

budo, mucho más joven que su hermano, sonrió y murmuró:

—Casi lo mismo que Pedro, cuatro ó cinco.

Siempre que les hacía esta pregunta decían la misma mentira, que encantaba al padre.

Este había enrollado su sedal en el tolete de un remo, y dijo cruzando los brazos:

—No trataré de pescar nunca más después del medio día. En dando las diez es cosa concluida; ya no muerde nada, se conoce que el pescado duerme la siesta.

El buen hombre contemplaba el mar con la satisfacción de un propietario.

Era un antiguo joyero de París, á quien una afición desmedida á la navegación y á la pesca había alejado del mostrador en cuanto tuvo lo suficiente para vivir modestamente con su renta.

Se retiró, pues, al Havre, compró una barca y se hizo marinero de afición.

Sus dos hijos, Pedro y Juan, permanecieron en París para continuar sus estudios, y sólo de cuando en cuando iban á compartir los placeres de su padre.

Al salir del colegio, el mayor, Pedro, que tenía cinco años más que Juan, experimentó sucesivamente vocación por diversas profesiones, habiendo ensayado hasta media docena, una después de otra, disgustándose pronto de cada una y lanzándose en pos de nuevas esperanzas.

Por fin le tentó la medicina, y trabajó con tanto ardor que, después de breves estudios y dispensas de tiempo obtenidas del ministro, acababa de obtener el título de doctor. Era exaltado, inteligente, variable y tenaz, lleno de utopias y de ideas filosóficas.

Juan, que tenía el cabello tan ru-

30506

bio como su hermano lo tenía negro, que era tan calmoso como su hermano arrebatado y tan dulce como su hermano irascible, había estudiado tranquilamente leyes y acababa de obtener su diploma de licenciado, al mismo tiempo que Pedro obtenía el de doctor.

Los dos habían ido á descansar al lado de su familia, y ambos pensaban establecerse en el Havre si podían hacerlo en buenas condiciones.

Pero una vaga envidia, una de esas envidias latentes que crecen invisibles entre hermanos ó hermanas hasta la madurez y que estallan con motivo de un casamiento ó de una dicha que recae en uno de ellos, les mantenía recelosos en una fraternal é inofensiva enemistad. Los dos se querían, pero se expiaban. Pedro, que tenía ya cinco años cuando nació Juan, había mirado con una hostilidad de animalito mimado aquel otro animalito que

apareció de pronto en los brazos de sus padres, tan querido y tan acariciado por éstos.

Juan fué desde su infancia un modelo de dulzura, de bondad y de carácter tranquilo; y Pedro estaba cansado de oír elogiar siempre á aquel gordiflón, cuya dulzura le parecía debilidad, la bondad tontería y la benevolencia ceguedad. Sus padres, gente pacífica, que soñaban para sus hijos posiciones honrosas y mediocres, le reprochaban sus indecisiones, sus entusiasmos, sus tentativas abortadas, todos sus arranques impotentes hacia ideas generosas y profesiones decorativas.

Desde que era hombre ya no le decían: "Mira á Juan, imítale,;" pero siempre que oía repetir "Juan ha hecho esto, Juan ha hecho aquello,," comprendía el sentido y la alusión que se ocultaban bajo estas palabras.

Su madre, una mujer de orden, una burguesa económica, un poco sentimental, dotada de un alma tierna de señora hacendosa, aplacaba sin cesar las pequeñas rivalidades que surgían diariamente entre sus hijos por todas las menudencias de la vida común. Por otra parte, en aquellos momentos su tranquilidad se hallaba perturbada por un ligero acontecimiento que la hacía temer alguna complicación. Durante el invierno último, mientras sus hijos terminaban sus estudios había contraído amistad con su vecina la señora de Rosemilly, viuda de un capitán de barco muerto en la mar dos años antes. La viuda, joven de veintitrés años, mujer juiciosa, que conocía la existencia por instinto como un animal libre, como si hubiera visto, sufrido, comprendido y pesado todos los acontecimientos posibles, que juzgaba las cosas con un espíritu sano, estrecho y benévolo, había tomado la

costumbre de ir á bordar y conversar un rato por las noches á casa de aquellos amables vecinos que le daban una taza de té.

Roland, á quien agujoneaba sin cesar su manía marítima, interrogaba á su nueva amiga sobre el difunto capitán y ella hablaba de él, de sus viajes, de sus relaciones sin embarazo, como mujer razonable que ama la vida y respeta la muerte.

Los dos hijos, encontrando á su regreso instalada en la casa aquella linda viuda, empezaron á cortejarla, menos por el deseo de gustarla que por suplantarse uno á otro.

La madre, prudente y práctica, deseaba que uno de los dos triunfase, porque la joven era rica, pero también hubiese querido que el otro no lo sintiera.

La señora de Rosemilly era rubia, con ojos azules, con corona de cabellos cortos que volaban al menor so-

plo de viento y un airecillo pizpireto, atrevido y batallador que contrastaba con la prudencia metódica de su espíritu.

Movida por la semejanza de su naturaleza, parecía preferir á Juan; pero no demostraba su preferencia más que por una leve diferencia en la voz y en la mirada, y por pedirle parecer algunas veces.

Parecía adivinar que la opinión de Juan fortalecería la suya, mientras la de Pedro sería enteramente contraria. Cuando hablaba de las ideas del doctor, lo mismo políticas que artísticas, filosóficas ó morales, solía calificarlas de *frivolidades*. Entonces él la miraba con la frialdad de un magistrado que instruye el proceso de las mujeres, de todas las mujeres.

Antes de la vuelta de sus hijos, Roland no la había invitado nunca á sus expediciones de pesca, á las que tampoco llevaba á su mujer, porque le

gustaba embarcarse antes de amanecer con el capitán Beausire, un marino retirado al que había conocido en el puerto y de quien se hizo íntimo amigo, y el antiguo marinero Papagrís, por sobrenombre, Juan Bart, encargado de guardar su embarcación.

Una noche de la semana anterior, la señora de Rosemilly, que había comido en su casa, dijo: "Debe de ser divertida la pesca,, y el antiguo joyero, halagado en su pasión y dominado por el deseo de comunicarla y hacer prosélitos como un apóstol, exclamó:

—¿Quiere Ud. venir?

—Sí.

—¿El martes?

—Bien.

—¿Es Ud. capaz de salir á las cinco de la mañana?

La viuda contestó con un grito de asombro.

—No por cierto.

Roland quedó frío, desanimado y dudando de su vocación.

Sin embargo, preguntó:

—¿A qué hora?

—Pues... á las nueve.

—¿Y antes no?

—No... y es bastante madrugar.

El buen hombre vacilaba. Seguramente no cogerían nada, porque cuando el sol pica el pescado no muerde; pero los dos hermanos se habían apresurado á disponer la partida y á organizarlo y arreglarlo todo acto continuo.

Así, pues, el martes siguiente la *Perla* había ido á echar el ancla bajo las blancas rocas del cabo de la Heve y se había pescado hasta el medio día; luego dieron algunas cabezadas, y después volvieron á pescar sin coger nada, hasta que Roland, comprendiendo que la señora de Rosemilly no gustaba de la pesca ni apreciaba, en verdad, más que el paseo por mar, y

viendo que sus sedales no se movían, había prorrumpido en una exclamación de impaciencia irreflexiva, en un *chist* enérgico que se dirigía tanto á la viuda indiferente como á los peces, que no se dejaban coger.

Luego contemplaba el pescado cogido con la complacencia del avaro, hasta que por fin miró al cielo y vió que el sol declinaba.

—Vaya, me parece que es tiempo de volver, hijos míos.

Los dos muchachos sacaron sus hilos, los recogieron, clavaron los anzuelos en el corcho y esperaron.

Roland se había levantado para contemplar el horizonte á la manera de un capitán.

—No hay viento—dijo.—Habrá que remar, muchachos.

Y al mismo tiempo añadió extendiendo el brazo hacia el Norte:

—Mira, mira, el vapor de Southampton.

GUY DE MAUPASSANT.—4

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

1925 MONTERREY, MEXICO

Sobre la mar llana, tendida como una tela azul, inmensa, reluciente, con reflejos de oro y de fuego, se elevaba á lo lejos en la dirección indicada una nube negruzca en medio del cielo rojizo, y debajo se veía el barco que aun parecía muy pequeño.

Hacia el Sur se veían otras columnas de humo que se dirigían todas hacia el puerto del Havre, del que apenas se distinguían la línea blanca de los muelles y el faro.

Roland preguntó:

—¿No es hoy cuando debe entrar la *Normandía*?

Juan respondió:

—Sí, papá.

—Dame el anteojo... Creo que está allí.

El padre estiró el tubo de cobre, lo acercó al ojo, buscó el punto de mira y exclamó satisfecho de haber acertado:

—Sí, sí, es ella. Conozco sus dos

chimeneas. ¿Quiere Ud. mirar, señora?

La joven viuda tomó el anteojo, lo dirigió hacia el lejano transatlántico, sin conseguir sin duda ponerlo delante de él, porque no distinguía nada, nada más que azul, con un círculo de color, un arco iris redondo y luego cosas extrañas, especie de eclipses que la mareaban.

—Nunca he sabido servirme de este instrumento—dijo devolviendo el anteojo.—Esta torpeza mía encolerizaba á mi marido, que permanecía horas enteras en la ventana viendo pasar los barcos.

El señor Roland, contrariado, replicaba:

—Pues debe consistir en la vista de Ud., porque mi anteojo es excelente.

Luego lo ofreció á su mujer:

—¿Quieres tú ver?

—No, gracias; sé que no podría.

La señora de Roland, una mujer

de cuarenta y ocho años, que no los representaba, parecía gozar más que todos con aquel paseo y aquella puesta de sol.

Sus cabellos castaños comenzaban apenas á encanecer. Tenía un aspecto tranquilo y razonable, un aire de dicha y de bondad que encantaba. Según la frase de su hijo Pedro, sabía lo que vale el dinero, pero esto no le impedía saborear el encanto de un sueño. Gustaba de leer novelas y poesías, no por su valor artístico, sino por el encanto tierno y melancólico que despertaban en su alma. Un verso, á veces insignificante y quizás malo, hacía vibrar la cuerda, como ella decía, y le producía la sensación de un deseo misterioso casi realizado. Y ella se complacía en estas ligeras emociones que perturbaban un poco su alma, por lo demás tan ordenada como un libro de caja.

Desde su llegada al Havre iba en-

gordando visiblemente, y su talle, antes esbelto y flexible, perdía su gallardía de un modo notable.

Aquel paseo por mar la había encantado. Su marido sin ser malo la trataba con aspereza, como suelen hacerlo sin cólera y sin odio los despotas de mostrador, para quienes mandar equivale á vociferar y jurar. Delante de extraños se contenía, pero en familia se abandonaba á sí mismo y tomaba unos aires terribles, por más que tenía miedo á todo el mundo. Ella, por horror al ruido, á las riñas, á las explicaciones inútiles, cedía siempre y no pedía nunca nada, y por eso no se había atrevido á pedir á Roland que la diera un paseo por el mar. Así, pues, aprovechó con alegría la ocasión que se le presentaba, y saboreaba aquel placer raro y nuevo.

Desde que la embarcación se puso en movimiento se había abandonado por completo en cuerpo y alma al

placer de deslizarse sobre el agua. No pensaba en nada, ni en los recuerdos, ni en las esperanzas; le parecía que su corazón flotaba como su cuerpo sobre algo blando, fluido, delicioso, que la mecía y aletargaba.

Cuando el padre mandó: "A sus puestos para remar,,", sonrió viendo á sus hijos quitarse las americanas y remangar sobre sus brazos desnudos las mangas de la camisa.

Pedro, que estaba más cerca de las dos mujeres, tomó el remo de estribor, Juan el de babor y los dos esperaron que el patrón gritase: "Avante,,", porque daba gran importancia á que las maniobras se hicieran regularmente.

Unidos, con igual esfuerzo, dejaron caer los remos; luego se tendieron de espaldas sacando todas sus fuerzas, y se entabló una lucha entre los dos para mostrar su vigor. Por la mañana habían ido á la vela muy suavemente; pero habiendo caído la brisa, el orgu-

llo varonil de los dos hermanos se despertó de repente con la perspectiva de luchar el uno contra el otro.

Cuando iban á pescar solos con su padre remaban también sin que nadie gobernase, porque Roland preparaba los sedales vigilando la marcha de la embarcación, que dirigía con un gesto ó una palabra: "Juan, afloja,,", "tú, Pedro, aprieta,,". O bien decía: "Vamos *el uno*, vamos *el dos*, un poco de aceite de brazo,,". El que había aflojado redoblaba su esfuerzo, el otro contenía el suyo y la barca tomaba su rumbo.

Aquel día iban á ostentar su musculatura. Los brazos de Pedro eran velludos, un poco flacos, pero nerviosos; los de Juan gordos y blancos, un poco sonrosados, con fuertes músculos que se hinchaban bajo la piel.

Al principio Pedro sacó ventaja. Con los dientes apretados, la frente arrugada, las piernas tendidas y las

manos crispadas sobre el remo lo hacía doblar en toda su longitud á cada uno de sus esfuerzos y la *Perla* se inclinaba hacia la costa. Roland, sentado en la proa para dejar á las mujeres todo el banco de popa, se desgañitaba gritando: "Despacio *el uno*, firme *el dos*„. *El uno* apretaba cada vez más y *el dos* no podía contrarrestar aquel empuje violento.

Por fin, el patrón mandó: "¡Alto!„ Los dos remos se levantaron á la vez, y Juan por orden de su padre remó solo algunos momentos. Pero desde entonces la ventaja fué suya. A medida que entraba en calor cobraba más bríos, mientras Pedro extenuado por su crisis de vigor se debilitaba jadeante. Cuatro veces seguidas mandó parar el padre para que el mayor tomara aliento y se rectificara el rumbo de la barca. El doctor entonces, con las mejillas pálidas y la frente inundada de sudor, balbuceaba:

—No sé lo que me pasa; tengo un espasmo en el corazón. He salido muy bien y parece que me han tronchado los brazos.

Juan preguntaba:

—¿Quieres que reme yo con los dos remos?

—No, gracias; ¡ya pasará!

La madre decía disgustada:

—Pero Pedro, ¿á qué viene ponerse en ese estado? Ya no eres un chiquillo.

Pero él se encogía de hombros y seguía remando.

La señora Rosemilly parecía no ver, ni oír, ni entender. A cada movimiento de la barca, su cabecita rubia hacía un movimiento brusco hacia atrás y sus finos cabellos volaban sobre sus sienes.

—Mirad, ya nos alcanza el *Príncipe Alberto*—exclamó Roland.

Todos miraron. Largo, bajo, con sus dos chimeneas inclinadas hacia